

HISTORIADORES

CINCUENTA AÑOS DE REUNIONES INTERNACIONALES

1949-1999

Monterrey 1999

Los congresos en los contextos historiográficos y nacionales

Manuel Ceballos Ramírez
El Colegio de la Frontera Norte

Tres etapas conforman el medio siglo de reuniones internacionales que iniciaran en Monterrey en 1949 con el título de Primer Congreso de Historiadores de México y los Estados Unidos. La primera etapa está integrada por este Primer Congreso, junto con el que se efectuó nueve años después en 1958 en Austin, con el nombre de *International Congress of Historians of the United States and Mexico*, y cuya memoria se publicó con el sugestivo título de *The New World looks at its History* (1963).

Durante once años las reuniones parecieron olvidarse, pero en 1969 un nuevo congreso revitalizó la idea y volvieron los historiadores mexicanos y norteamericanos a reunirse. Con esta tercera asamblea efectuada en Oaxtepec (1969) se iniciaba la que hemos considerado la segunda etapa en la historia de estas reuniones. A partir de entonces los eventos tuvieron una frecuencia más estable, pues con alguna excepción, se estableció la costumbre de reunirse cada cuatro años, alternando entre una ciudad mexicana y una de los Estados Unidos. Así sucedieron a Oaxtepec, los congresos de Santa Mónica (1973), Pátzcuaro (1977), Chicago (1981), Oaxaca (1985), San Diego (1990). Este congreso de 1990 puede considerarse como el último de la segunda etapa, ya que a partir del siguiente que se efectuó en la ciudad de México cinco años después, un nuevo elemento vino a añadirse a los enunciados que distinguían a los congresos.

El nuevo elemento a que nos referimos añadido en 1995 fue el de integrar a los historiadores canadienses. Se habló así de la IX Reunión de Historiadores Canadienses, Mexicanos y de los Estados Unidos (*IX Conference of Mexican, United States and Canadian Historians*). La décima que se llevó a cabo en Dallas-Fort Worth en el otoño de 1999 tuvo por título X Reunión de Historiadores Mexicanos, Estadounidenses y Canadienses (*X Conference of Mexican, United States and Canadian Historians*). De este modo, los cincuenta años de los que pretendemos ocuparnos, aunque han

tenido diversas denominaciones y sus temáticas de interés han variado, no podemos negar que ha servido de foro para coordinar las actividades de los profesionales de la historia en diversos países, particularmente en los tres que son epónimos de las dos últimas reuniones. Sin embargo, ha habido representantes de otros países desde los primeros encuentros.

Quizá Don Daniel Cosío Villegas pudo haber sido injusto al decir que "por celebrarse en el Monterrey mexicano y en el Austin texano, los trabajos de las dos primeras reuniones quedaron confinados al salón donde se presentaron, de modo que no tuvieron propiamente repercusión pública".¹ En realidad, los dos primeros congresos publicaron sus *Memorias*, y ambos se inscribieron en el estado que guardaban los conocimientos y los intereses historiográficos de esos años entre el final de la Segunda Guerra Mundial y mediados de la década de 1960 cuando se empezó a planear el Tercer Congreso que se celebró en Oaxtepec en 1969. Ciertamente este Tercer Congreso celebrado dos décadas después del primero, mostró los avances que había experimentado la historiografía mexicanista. Cosío Villegas que tan crítico había sido para los dos anteriores encuentros se mostró muy satisfecho del de Oaxtepec cuyo desarrollo no dudó en calificar como un rotundo éxito.

Pero es menester regresar a principios de 1952, cuando en el volumen inaugural de *Historia Mexicana*, Wigberto Jiménez Moreno hizo un recuento de las etapas por las que había pasado la historiografía mexicana la primera mitad del siglo XX. El periodo que consideró el tercero que hacía concluir en 1951 y lo iniciaba en 1933, tenía como principales características la celebración de "la larga y fructuosa" serie de los Congresos de Historia,² el establecimiento de contactos entre los estudiosos, la organización de las investigaciones, especialmente las referidas a la historia regional. Y desde luego la fundación de nuevas sociedades y edición de numerosas revistas, la sistematización de la enseñanza de la antropología y de la historia que dió por resultado una "legión brillante" de antropólogos e historiadores.³ Estos especialistas contribuyeron a crear entre 1930 y 1942, lo que Luis González consideró una serie de "albergues de la cultura humanística y particularmente cliomática".⁴ En este contexto es en el que es necesario situar los dos primeros congresos que reunieron en Monterrey y en Austin a los

historiadores mexicanos y norteamericanos. Y aún más, estos congresos se integraron a la serie de factores que revitalizaron el quehacer histórico que conformó la etapa que finalizó en 1968. Sin duda que la aportación más importante fue la de contribuir a la coordinación de actividades con sus colegas extranjeros en general y norteamericanos en particular. Con ello se cumplía con uno de los requisitos fundamentales de la profesionalización del oficio en plena etapa de despegue entre los historiadores mexicanos.

De ello dio cuenta Lewis Hanke al hacer una sentida y entusiasta reseña de estas reuniones al escribir "The Congresses in Retrospect".⁵ Es tal la frescura, viveza y animosidad del texto que si bien lo escribió para el IV Congreso de 1973, bien podría servir de *vademecum* y de declaración de principios de la decena de encuentros que han tenido los historiadores en México y en los Estados Unidos, y de los que estén por realizarse a la vuelta del siglo que está por iniciar. Como delegado de la American Historical Association, Hanke fue promotor de la Primera Reunión de Monterrey junto con Silvio Zavala entonces del Instituto Panamericano de Historia y Geografía, de Ignacio Marquina del Instituto Nacional de Antropología e Historia y de Carlos Pérez Maldonado de la desaparecida Academia de Ciencias Históricas de Monterrey. Hanke pudo entonces dar razón pormenorizada de las formas y los significados originales de los cuatro primeros congresos y de sus diversos desarrollos y dificultades. No podemos dejar de referirnos a las palabras iniciales del Himnario metodista que Hanke tomó para inspirarse al hablar de un tema que le pareció particular y afectivamente cercano: *Watchman, tell us of the night. What its signs of promise are*. Texto que le sirvió de hilo conductor para referirse a los "singulares y estimulantes" congresos entre historiadores mexicanos y norteamericanos, a los que consideró también como pequeños milagros, *mini-miracles*. Y esto porque para entonces pocos países de América y del mundo habían tenido éxito en reuniones binacionales, a pesar de los esfuerzos que en la primera había hecho el Instituto Panamericano de Historia y Geografía. Luego de hablar de los intentos hechos entre los historiadores de Brasil y Argentina, de Ecuador y Perú, de Perú y Chile, o de los que el mismo Hanke había intentado entre Cuba y los Estados Unidos, confesaba mantener

la convicción que, particularmente los historiadores en país que hayan tenido fricciones e incompresiones necesitan la celebración de estos encuentros (...) Ningún esfuerzo similar ha habido fuera de América como las reuniones entre historiadores mexicanos y norteamericanos. Probablemente las naciones escandinavas hayan hecho algo, y alguna conferencia informal de historiadores angloamericanos se ha efectuado en Londres por algunos años; pero no tan admirable como los desarrollados en estos encuentros periódicos por dos naciones con el tipo de relaciones históricas como las experimentadas por México y los Estados Unidos. ⁶

El éxito de los congresos entre historiadores mexicanos y norteamericanos lo atribuía Hanke a varias razones. En primer lugar a las poblaciones donde se habían efectuado esas reuniones. Y con optimismo se preguntaba si era posible que fracasaran cuando se organizaban en lugares tan selectos y estimulantes como Monterrey, Austin, Oaxtepec o Santa Mónica. Siguiendo el optimismo de Hanke se debe atribuir el éxito de las siguientes, también al hecho de haberse realizado en Pátzcuaro, Chicago, Oaxaca, San Diego, la ciudad de México y Dallas-Fort Worth. Se debe también poner de manifiesto la geografía de las reuniones. En México, exceptuando la primera de Monterrey-Salttillo, han sido celebradas en el altiplano, y en distintas entidades federativas: Morelos, Michoacán, Oaxaca y el Distrito Federal. En cambio en los Estados Unidos exceptuando la de Chicago, todas las demás han sido realizadas en el *Southwest*; y específicamente en los antiguos territorios mexicanos de Texas y California. De suyo esto no indica las ciudades donde radican los intereses historiográficos de los historiadores; pero sí sugiere los lugares y las regiones a donde puede extenderse la celebración de los próximos. En México aun están pendientes las ciudades del norte, del occidente y del sureste. Y en los Estados Unidos las de Nuevo México y Arizona, o las del mismo *Midwest*. Y desde luego ahora alguna población canadiense. Sin embargo, ello dependerá del grupo de académicos que tome por su cuenta la organización. A este propósito es necesario aclarar que, desde 1969 se estableció un Comité Organizador conjunto, y desde 1975 un Consejo Consultivo. Este último se encuentra constituido por los antiguos presidentes y organizadores, y la responsabilidad principal del Consejo es la perpetuación de las reuniones, y la aportación de iniciativas

que mejoren la calidad de las mismas. En 1973 se había prescrito que hubiera un historiador europeo en cada uno de los comités organizadores.⁷ Y aunque se dice que desde ese año se tomó más en cuenta a los europeos, australianos y canadienses, lo cierto es que desde el segundo congreso celebrado en Austin ya había habido intervenciones de historiadores representantes de España, Gran Bretaña, Australia, Canadá, Francia, Argentina y Brasil.⁸

Pero continuando con las razones del éxito de las reuniones entre historiadores mexicanos y norteamericanos aducidas por Hanke, debemos añadir la variedad de tópicos que se han propuesto y el espíritu independiente y crítico con que han sido tratados. Incluso los asistentes a alguno de los congresos como el de Oaxtepec, recuerdan cómo fueron objeto de noticias de ocho columnas al tratar la prensa el asunto de los libros de texto. Sin embargo, la variedad de tópicos ha hecho que también cada uno de los congresos tenga una propia individualidad y no sea fácil reducirlos a un denominador común, a no ser que se trata de encuentros de historiadores. Como lo comentó Josefina Z. Vázquez al hacer la presentación de la Quinta Reunión, no es fácil saber por qué la Tercera se circunscribió a historiadores mexicanistas, la Cuarta se enfocó hacia todas las ciencias sociales y a temas contemporáneos, y la Quinta a un tema único: el del trabajo y los trabajadores en la historia de México. El criterio de un tema único es el que parece haber prevalecido un poco más; pues exceptuando la Cuarta, la Octava, la Novena y la Primera, todas las demás han optado por ello. Como ya lo anotábamos, la Cuarta se refirió al México contemporáneo; la Octava se inscribió en la conmemoración del Quinto Centenario y se tituló "Cinco siglos de historia de México"; la Novena abarcó un amplio campo de estudio al titularse "La historia de tres naciones"; y la Primera se enfocó a una variedad de temas generales, que abarcaron desde la enseñanza de la historia hasta la organización de archivos y cuestiones de historia económica, intelectual, literaria, agraria y regional. Como se ve, estas cuatro reuniones abarcaron temas extensos que prácticamente llenaban todas las etapas y temas de la historia.

Por su parte, la Segunda Reunión se dedicó preferentemente al tema de

la frontera, la Tercera se ocupó de la historiografía mexicanista, la Quinta al trabajo y los trabajadores, la Sexta a los intelectuales y el poder en México, la Séptima a la ciudad y el campo en la historia mexicana, y la Décima a las migraciones, entendidas éstas en el sentido más amplio. En estos seis encuentros los temas fueron más definidos y específicos.

Toda esta confusa variedad es parte de lo que ya hace veinticinco años Lewis Hanke consideró una crisis de identidad que parece haber nacido junto con los congresos. Crisis que sin embargo, no puede considerarse como negativa sino como integrante del vasto campo de la historia y que ha dado por resultado una muy fecunda reflexión, y una no despreciable cantidad de ponencias, réplicas y debates que han llevado a la especialización y a la coordinación de investigaciones entre los asistentes a esos congresos. Como lo escribió Josefina Z. Vázquez, las reuniones de historiadores mexicanos y norteamericanos y la publicación de las memorias, tienen ya una tradición y una historia,⁹ y más luego de cinco décadas de encuentros. A este propósito no es despreciable el hecho de que, exceptuando la Novena Reunión de la Ciudad de México que se encuentra en proceso de edición y la Décima que se acaba de celebrar, todas las demás han sido publicadas. Se ha formado así una colección de ocho memorias que contienen alrededor de seis mil páginas. Por los textos de estos ocho congresos —algunos de los cuales se editaron en dos volúmenes— deambulan y se confrontan los más importantes historiadores de ambos países y en ellos se rescata una historiografía que va pasando la prueba del tiempo. Aún así es menester estar atentos a nuevos temas, a nuevas corrientes y a nuevas demandas.

Quienes han coordinado los congresos se han encontrado con la dificultad de darle a cada uno de ellos una individualidad específica. Reiterando lo que ya Hanke aducía acerca de la identidad de estas asambleas debemos decir que han sido programadas sobre la marcha y teniendo en cuenta tanto las variaciones propias de las corrientes historiográficas, como las circunstancias políticas de la relación entre los países involucrados. A este respecto no es ocioso decir que han influido en la programación de estos congresos tanto la revitalización del oficio de historiador y la colaboración entre norteamericanos y mexicanos luego de la Segunda Guerra Mundial;

como el revisionismo historiográfico surgido después de la crisis del Estado mexicano en 1968 y las consecuencias de la conclusión de la guerra de Vietnam en el norteamericano; y desde luego la desaparición de la Guerra Fría, la caída del Muro de Berlín y la globalización de las relaciones geoeconómicas desde finales de los años de la década de 1980. La falta de una identidad más unitaria en los congresos celebrados en México o en Estados Unidos podría parecer parte de un desorden no controlado; pero también es parte de la vitalidad que han tenido, y que por algo han perdurado por medio siglo. Por otra parte, no ha sido poco el conocimiento de la historia mexicana que ha surgido de estos congresos. Quizá solamente excluyendo el Segundo —en el cual fue poco el enfoque sobre México¹⁰—

en todos los demás encuentros ha sido la historia mexicana la que ha catalizado el interés de los asistentes y de sus aportaciones. Los títulos de las memorias dan cuenta de esta cuestión.

El interés por la historia de México se ha sostenido por cincuenta años gracias a la fuerza moral que desde un principio tuvieron los organizadores de estos encuentros. A ella se refería el entonces Rector de la Universidad de Nuevo León, Raúl Rangel Frías en la sesión inaugural del domingo 4 de septiembre de 1949. En esa ocasión destacaba también el significado intelectual y el anhelo de entendimiento de los historiadores en torno a la verdad. En todo ello, decía Rangel Frías, radica la posibilidad de que personas atentas exclusivamente a las fuerzas de la inteligencia, a la buena voluntad, y al deseo de entenderse puedan colaborar y trabajar de consuno en altas tareas del espíritu.¹¹ Por su parte, en ese mismo congreso de Monterrey el entonces presidente de El Colegio de México, Alfonso Reyes participó con un discurso de ocasión titulado "Mi idea de la historia". Alentado por el espíritu pacifista de la posguerra, se refirió a los congresistas, sobre todo a los extranjeros, como amigos sabios, mensajeros de la inteligencia y de la justicia histórica, cuya visita venía a mitigar el ardor de viejas cicatrices. Y al evento lo consideró como una "fiesta de la concordia y del saber" donde se concertaban pactos de trabajo y colaboración "junto al vino de la paz con que soñaban los capitanes homéricos". Desde luego que no se privó de recordar que para él la historia había nacido precisamente

en Monterrey donde, frente a la Plazuela de Bolívar había iniciado su existencia.¹²

Hoy a medio siglo del compromiso adquirido por los pioneros de estas reuniones es útil comprobar que la ciencia y el conocimiento son un instrumento apto para la mutua comprensión. La decena de encuentros entre los historiadores de México y de los Estados Unidos, —y hoy también de Canadá y de otros países— dan testimonio de esta capacidad.

NOTAS

¹ Daniel Cosío Villegas, "Palabras preliminares", *Investigaciones contemporáneas sobre historia de México, Memorias de la Tercera Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos*, México, UNAM, El Colegio de México, The University of Texas at Austin, 1971, p. 5.

² Se refiere desde luego a la agrupación que con ese nombre se reunía periódicamente, no tanto a los congresos en general. Pero aún así la celebración de encuentros de diversos tipos fue parte de la participación de los historiadores en el desarrollo historiográfico de esta etapa.

³ Wigberto Jiménez Moreno, "Cincuenta años de historia", *Historia Mexicana*, (3), v.1:3, enero-marzo de 1952, p. 451.

⁴ Luis González, "La pasión del nido", *Historia Mexicana*, (100), v.25:4, abril-junio de 1976, p. 531.

⁵ Lewis Hanke, "The Congresses in Restrospect", James W. Wilkie, Michael C. Meyer and Edna Monzón de Wilkie, *Contemporary Mexico, Papers of the IV International Congress of Mexican History*, Los Angeles, University of California Press, El Colegio de México, 1976, pp. 13-22.

⁶ Lewis Hanke, "Congresses in...", p. 14.

⁷ Véase Roderic A. Camp, Charles A. Hale, Josefina Z. Vázquez, *Los intelectuales y el poder en México, Memorias de la VI Conferencia de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos*, México, El Colegio de México, UCLA Latin American Center Publications, 1991, pp. 9-10.

⁸ Véase la lista de asistentes y la especificación de sus representaciones nacionales en Archibald R. Lewis, Thomas F. McGann, *The New World looks at its History, Proceedings or the Second International Congress of Historians of the United States and Mexico*, Austin, University of Texas Press, 1963, pp. VIII-IX, 211-213.

⁹ Josefina Zoraida Vázquez, "A manera de advertencia", *El trabajo y los trabajadores en la historia de México*, El Colegio de México, University of Arizona Press, 1979, p. 1.

¹⁰ Solo dos ponencias versaron directamente sobre México, la de Luis Villoro ("The Historian's Task: the Mexican Perspective"), y la de François Chevalier ("The North Mexican Hacienda"). Intervino también Edmundo O'Gorman con un comentario teórico ("Classical or Ontological History").

¹¹ En *Memoria del Primer Congreso de Historiadores de México y los Estados Unidos*, México, Editorial Cultura, 1950, p. 23.

¹² Alfonso Reyes, "Mi idea de la Historia", en *Memoria del Primer Congreso...* pp. 284-295.